

Juan José Domenchina

el poeta de “La Soledad de España”

Nemrac Ladiv / Facultad de Filosofía y Letras

El escritor y el poeta pertenecen a su época y es difícil que puedan defenderse de los ideales o de las corrupciones existentes.

Taine afirma que “l'état et l'esprit est le même pour le public que pour les artistes”. Si queremos comprender al escritor y al poeta tenemos que tener en cuenta estos factores que han intervenido, necesariamente, en su formación espiritual y literaria.

Juan José Domenchina, por su época y por el ambiente en que vive, se encuentra influido por dos corrientes literarias: la Generación del 98, que trata de buscar de nuevo a la patria en sí misma —no en el poder exterior ya perdido—, y por la corriente del Modernismo que pretende recuperar el tiempo transcurrido en aislamiento de corrientes intelectuales, contra las cuales ha sido barrera infranqueable la propia España, que durante siglos trata de imponer un orden estrictamente católico de filosofía tomista, cerrándose así a toda influencia externa que es considerada como corruptora.

El poeta Juan José Domenchina, vive dos vidas: la primera encontrando a España —la que cree haber hallado—. La segunda —como veremos más adelante— buscándola.

Los poemas de la primera época están impregnados de erotismo e imágenes en las que da rienda suelta a sus instintos primarios de adolescente. En 1917, cuando apenas cuenta 19 años, escribe y publica *Del poema eterno* donde podemos leer su poema “Amor”.

Afán cóncavo —atroz— del sexo, se estiliza
en garra: un ademán terrible, de codicia.
La especie —seriedad de seriedades— eco
sin fin— es la tensión, la fiebre del acecho.

¡Una pequeña muerte de dicha! —¡tan fecunda!
¡tan vital!—; una efímera ausencia de la lucha!
Sobre un seno de flor, la sien de amor caída.
La garra se hace mano de piedad; ya es caricia.

Como tema central en sus poemas, el amor sexual, con toda la violencia y la pasión de la juventud. En este poema, escrito a los 19 años, dice lo que quiere decir y como lo quiere decir, con un dominio perfecto del lenguaje.

En su juventud, Juan José se rebela contra los prejuicios establecidos y la sociedad que le rodea, y profundamente anticlerical dirá:

Desde luego famosa cosa holgarse con las místicas es.
El “combid de las monjas es cosa que no puede rehusar un experto”.

(*Dédalo*. Madrid 1932.)

En “El Error” que publica en *Corporeidad de lo abstracto* leemos:

Perseverantè, contumaz
conservador fanático se obstinã.
Buen católico insulta a quien no opinã
como él opina. Su ánimo falaz
de clérigo cazarro o de mujer
necia, forja un altar para su yerro.
Su brazo dice que es de hierro.
Él asegura que lo ha de torcer.

En esta época tenía las críticas favorables de los mejores de su generación. Azorín escribe en el prólogo de *Corporeidad de lo abstracto*: "Se pasa sin sentirlo de lo real a lo soñado" .. "la eternidad se hace tangible y el destino cristaliza en un segundo." El poeta ha logrado corporeizar —dar cuerpo a la Eternidad y al Destino. ¡Ni los dioses podrían aspirar a tanto! y consciente de su obra escribe en "Margen":

El solitario numen
ya no es vida de sótanos
húmeda, sino ráfagas
de cumbre: está en los Dioses.

Díez Canedo, el gran crítico de esta época, escribe sobre él: "Yo estimo *Dédalo* (1932) como la obra principal, hasta aquí, de su autor, es una de las más significativas de España." (Diario "El Sol". Madrid. 1932).

Hemos dado un cuadro muy somero del clima literario en que vivió Domenchina, pero hay más; el poeta vive intensamente el advenimiento de la República del año 31, llegando a ser secretario particular del presidente del Consejo de Ministros, Manuel Azaña. Esta República fue más literaria que política, y por falta de energía en sus decisiones, llevó a España a una lucha fratricida que duró del año 36 al 39.

En los últimos instantes de la agonía española, el poeta pasa a Francia con los españoles, materialmente derrotados y vencidos. A partir de este momento, su poesía será un grito desgarrado de dolor, el grito de todos los que sufren por la patria perdida. Un "eterno dolor" dice él mismo, por la "matria" que agoniza. "Como español sufro exmatriado ultranostálgicamente la divina querencia de la metrópoli de nuestro idioma y la llamada —las voces apremiantes— de mi tierra nativa." El dolor de Domenchina adquiere proporciones de universalidad, su dolor es el dolor humano del hombre que sufre en cualquier punto de la tierra. Cuando un hombre muere o sufre, con él muere y sufre toda la humanidad. Juan José va muriendo poco a poco de nostalgia de "desentrañamiento" de español "desarraigado". Ya en México escribe en el año de 1954:

Y murió porfiado en su porfía
de terca adversidad. Murió de España
de la España ya muerta que él tenía.

(Epitafio) *Las cien mejores poesías del destierro*. Ed. Signo. 1945. (p. 114).

Como ya dijimos, la segunda época es la "soledad de España", la añoranza por todo lo que ha perdido. Cuando perdemos lo que amamos, el deseo de recuperarlo llega a ser tan arrollador, que olvidamos lo que aún poseemos. Cuanto más lejana la posibilidad de recuperarlo, tanto mayor es la sensación de soledad. Entonces, aferrándonos a los recuerdos del bien perdido —poco importa la naturaleza de éste— cuanto más inasequible, más amado.

Este amor por el objeto amado y perdido nos lo dejará el poeta en cada una de sus estrofas. "No pudo el alma, hablar al alma directamente", como dice Schiller. Todo ha desaparecido, pero ha quedado viva su sensibilidad y su sentimiento dolorido en cada uno de sus versos, para ser revividos y sentidos por todos los que han sufrido lo mismo que sufrió el poeta.

La guerra, mal llamada civil, pues fue nacional, llevó la confusión y la ansiedad a Juan José que como todos, todo lo perdía. Pero se calla de momento,

llega al exilio y deja oír su voz y con los primeros poemas escritos en México, nos hace revivir los años de la violencia en *Elegías jubilaes*:

Por la soledad conjunta
del éxodo, en hacinada
convivencia
de recíprocos rencores
tropel de solos
venimos del horror.

(*Elegías jubilaes*, Edit. Centauro. México 1946 (p. 60)

Ya no hay en sus composiciones figuras sensuales de *El tacto fervoroso* (1932) y cuando aparecen están pintadas en el lienzo oscuro de la ausencia. El poeta siente este cambio en su interior y nos dice:

Desconozco si tuvo o no sentido
mi modo de sentir. Hoy ya no
siento aquel gozo de ser —el ardimiento
de la sangre ni apenas su latido.

(*Nueve sonetos y tres romances*. México. Ed. Atlante. 1952 (p. 35).

Juan José, identificándose con el objeto amado —España— muere desangrándose gota a gota “apenas siente el latido”. El corazón de España late al unísono con el del poeta.

Ya en plena descomposición —como todo gran éxodo—, donde los valores humanos o no existen o desaparecen, sólo rodeado de desilusión y traición, le falta objetivo por el que luchar y vivir. La muerte con su ausencia de deseos, le invade el ánimo y no tiene fuerzas para seguir adelante:

¡Tanta sangre vertida!
¡Tanto dolor inútil! Anegados
en odios de por vida
vencidos y burlados
todos yacemos juntos y enterrados.

(*Tres elegías jubilaes*. México. Edit. Centauro (p. 23).

Sin embargo, Juan José Domenchina, escribe lo más seguro de su obra en el destierro. Como todos los poetas expatriados, mantendrá el sitio conquistado en su primera época y afinado por el dolor y humanizado por la actitud de verdad humana que encierran sus versos, nos sentimos compenetrados con su sufrimiento. Nos plasma el sentimiento que todo exiliado lleva dentro de sí en este poema:

Van juntos —y qué solos— arrecidos
por alta noche y con la sangre hirviendo
los arrancados de raíz —huyendo
de su existencia en todos los sentidos.

(El Éxodo. *La sombra desterrada*. —Almendros— México)

La angustia es “Le mal du siècle” de nuestra época, pero no la angustia de la muerte, que es condición humana; sino la angustia de “seguir viviendo”; es “el huir de la existencia en todos los sentidos”. Dice Séneca que “vivir es aprender a morir”. Los que han pasado las guerras y han sufrido los éxodos y el exilio, han tenido “no que huir de la existencia” sino buscarla de nuevo “aprender a vivir” en cada día. Juan José no lo logra y el “dolorido sentir” de Garcilaso será para Juan José “el dolorido vivir”. Quiere el poeta buscar algo, pero sólo encuentra la soledad y llama a Dios:

Te busco desde siempre. No te he visto
nunca. ¿Voy tras tus huellas? Las rastreo
con ansia, con angustia, y no las veo.
Sé que no sé buscarte, y no desisto.

¿Qué me induce a seguirte? ¿Por qué insisto
en descubrir tu rastro? Mi deseo
no sé si es fe. No sé. No sé si existo.
Pero, señor de mis andanzas, Cristo
de mis tinieblas, oye mi jadeo.
No sufro ya la vida, ni resisto
la noche. Y si amanece, y yo no veo
el alba, no podré decirte: "He visto
tu luz, tus pasos en la Tierra y creo."

Duda, inquietud, tal vez fe. No sabe si las huellas que sigue para buscar a Dios son las verdaderas, pero tiene la intuición de que lo que busca es inmortal. Dice Juan José en el prólogo de *El extrañado*: "¿Para quién escribe el poeta? Es posible que Dios —si las voces de aquél son verdad— le oiga."

Hegel afirma que la poesía es la forma con que el espíritu llega a la verdad; Domenchina encuentra lo absoluto, su verdad, por su poesía.

La poesía de Juan José Domenchina es una realidad, pero una realidad española. El tema del destierro aparece en todos sus poemas de esta última época, en forma obsesiva. El destierro fue para el poeta un alejamiento físico, pero no espiritual, ni sentimental. Vive "roto en dos" y muere de ausencia de la "soledad de España".

¡Qué sola mi soledad
sin fin de mortal partido
—y no llegado— escindido
entre el suelo que perdió
y la tierra que no halló
Cuando se encontró perdido!

(*La sombra desterrada*. Destierro. 1942).



dibujo de Víctor Romero